



MARK
BRAUDE

EL
EMPERADOR
INVISIBLE

bovéda

Título original: *The Invisible Emperor*

Primera edición: 2019

© Mark Braude, 2018

© traducción: Mado Martínez, 2019

© de esta edición: Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-92-0

Depósito legal: SE. 690-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Mapas	14
Introducción	17

PRIMAVERA

1. La mañana del terrón venenoso	25
2. Un inquilino en su propia vida	36
3. Napoleón en harapos	48
4. Este nuevo país	57
5. Llaves doradas	70
6. Música estridente	76
7. El Robinson Crusoe de Elba	83
8. Mi isla es muy pequeña	91
9. Luis el Gotoso y el Hombre Veleta	98
10. Lindos Valles, árboles, bosque y agua	105
11. El emperador está muerto	114
12. Y todos los atunes se inclinan ante él	121
13. Una muerte, un tratado y una celebración	129
14. Un ridículo follón	136

VERANO

15. Más desfavorable es la opinión que inspira	147
16. <i>Ubimque Felix Napoleón</i>	154
17. Siroco	162
18. Confinamiento sofocante	167
19. El conde tuerto	174
20. Una simplicidad perfectamente burguesa	180
21. Fanny la altanera y las dos emperatrices Bonaparte	186
22. Tomando las aguas	190
23. Temporada turística	194
24. La política del olvido	206

OTOÑO

25. Es tolerablemente feliz	217
26. Los detalles vulgares de la vida matrimonial	223
27. Don Giovanni, Cenicienta y Ondina	230
28. Creo que es capaz de cruzar	237
29. El Comerciante de Aceite y otros visitantes	241
30. ¡Le habían llamado cobarde!	247

INVIERNO

31. Un último adiós	253
32. La tristeza de mi <i>Retiro</i>	255
33. El (casi) naufragio del <i>Inconstant</i>	257
34. Dificultades borbónicas	262
35. Noches en el teatro	268
36. Pietro St. Ernest, también conocido como Fleury du Chaboulon	273

37. El águila se prepara para el vuelo	280
38. El Comerciante de Aceite regresa	283
39. Campbell en Florencia	285
40. Mardi Gras	289
41. Torre de Babel	293
42. Todo estaba tranquilo en Elba	299
43. <i>Inconstant</i>	304
44. En el mar	310
45. Campbell desembarca en Elba	317
46. Nuestra hermosa Francia	325
47. <i>Partridge</i> el persecutor	329
48. Golfe-Juan	331
49. A regañadientes me he sentido llamado a mencionarlo	336
50. En una jaula de hierro	338
51. Urgente	341
52. Laffrey	347
53. Contemplar todos los objetos desde un cierto ángulo	349
EPÍLOGO: Napoleón, María Luisa, Campbell y Elba ..	353
<i>Post scriptum</i>	367
Agradecimientos	371
Comentario sobre las notas	373
Notas	377
Bibliografía	445
Índice onomástico	467

Para Eleanor y Jeremy

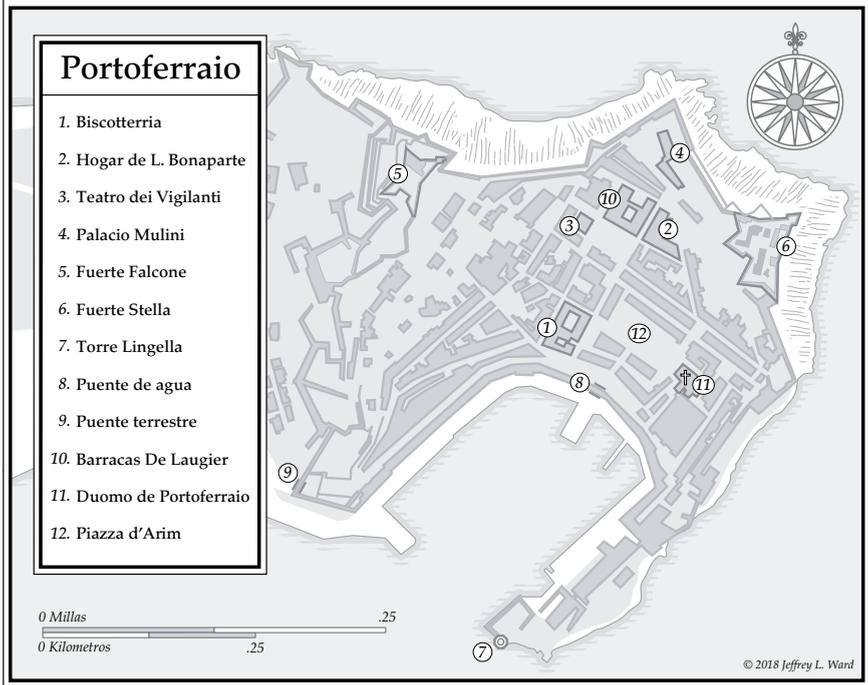
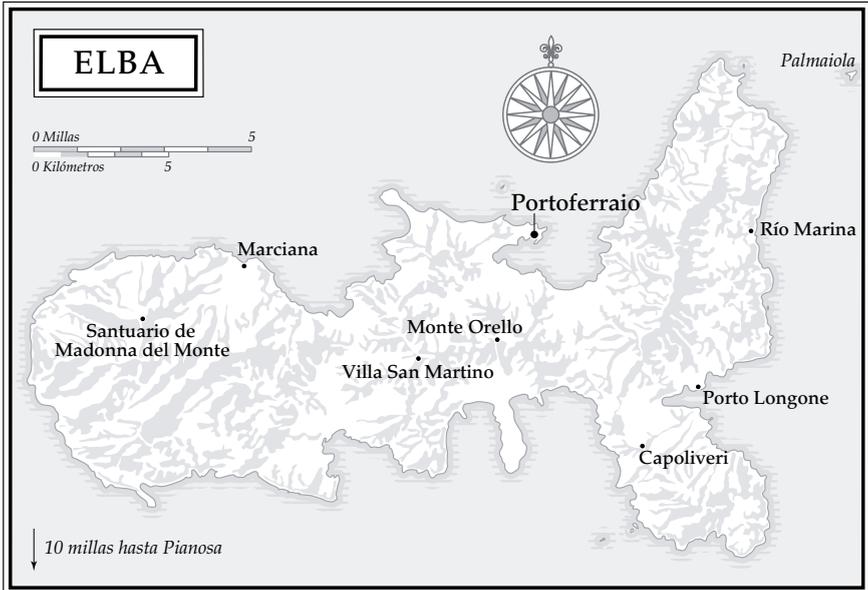
El paraíso es una isla. También el infierno.
—JUDITH SCHALANSKY, *Atlas de las Islas Remotas* (2010)

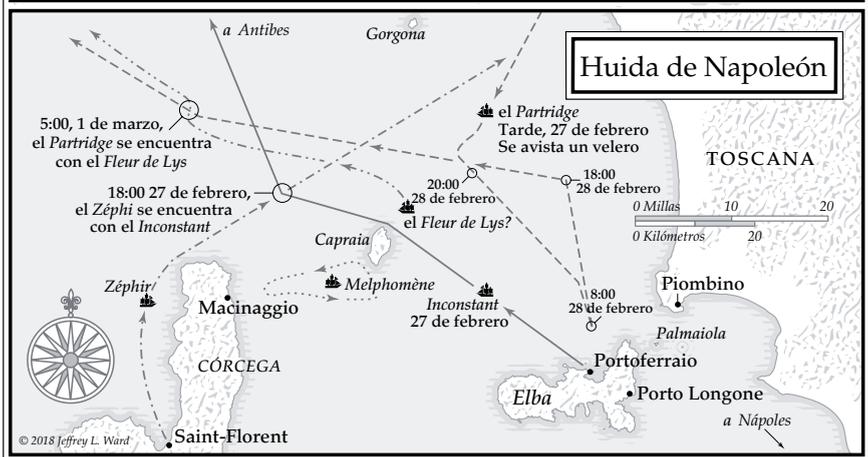
¡Qué suerte tiene Napoleón! Esta es la isla más hermosa...
No hay invierno en Elba; el coñac es una copa grande de
tres peniques; los niños tienen pies de telaraña; las mujeres
saben a sal... La isla que amo, y desearía no ver en una
de las estaciones del infierno.

—DYLAN THOMAS, postales y cartas de Elba
(verano de 1947)

La isla de Elba, que hace un año consideraba tan
desagradable, es un paraíso en comparación con Santa Elena.

—NAPOLEÓN, en Santa Elena (febrero de 1816)





INTRODUCCIÓN

TODO SE VINO ABAJO MUY RÁPIDAMENTE. AQUELLA NOCHE del 29 de marzo de 1814, las gentes se apostaron en las torres de Notre-Dame¹ y algunos de los tejados más altos, observando a través de telescopios cómo los invasores entraban en las afueras de París. Los cosacos se agachaban² alrededor de las fogatas en la cima de Montmartre, los sonidos de su música misteriosa bajaban hacia el pueblo. Brindaban por la muerte del molinero del Moulin de la Galette, cuyo cuerpo destrozado estaba atado a una de las velas del molino, o eso se rumoreaba.

Los parisinos tenían motivos para estar aterrorizados en aquel preciso instante. Temiendo el potencial revolucionario de la población tanto o más que a cualquier fuerza extranjera, los funcionarios franceses habían decidido no distribuir armas en masa, incluso cuando las tropas no lograron mantener al enemigo más allá de las puertas. La defensa de la ciudad recayó en los doce mil miembros de la Guardia Nacional de París, frente a una fuerza casi diez veces mayor.

Aunque el resultado³ era obvio para todos los presentes, el episodio se fue desarrollando como una obra de teatro en se-

gundo plano. Un artista británico que vivía en París, Thomas Underwood, recordaba haber pasado aquel día de primavera entre «tumbonas de moda para ambos sexos» en un café popular del boulevard des Italiens, «sentado, como de costumbre, en las sillas que allí se colocan y apareciendo espectadores sin el menor interés en el número de franceses heridos y prisioneros de los aliados». Cada bando⁴ sufrió cerca de nueve mil bajas, convirtiendo esta batalla en la más mortífera de 1814.

Los súbditos de Napoleón tardarían en olvidar su fracaso y ausencia, pues no estuvo en la capital junto a los generales. Después de un año y medio⁵ de lucha en gran parte de Europa, una coalición aliada liderada por Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia había expulsado a los soldados franceses del territorio alemán y cruzado a Francia. En lugar de retroceder a París, el objetivo más lógico, Napoleón había optado por atacar a orillas del río Aube, a unos ciento sesenta kilómetros al este de la ciudad, pensando que podría dividir a las fuerzas atacantes en dos y derrotar a cada mitad en sucesión. Esto dio vía libre a que otras tropas aliadas llegaran a París sin ningún tipo de impedimento.

Los representantes de los aliados y de Francia habían tratado de organizar la rendición de Napoleón durante meses. José Bonaparte advirtió⁶ a su hermano que la gente se volvería contra él tan pronto como se dieran cuenta de que prefería prolongar la guerra antes que propiciar «una paz desfavorable». Pero aparte de unos breves momentos de armisticio, Napoleón había seguido luchando, buscando siempre la victoria decisiva, aquella que le permitiera negociar desde una posición de fuerza. Habiendo pasado de oficial de artillería a general, y de general a primer cónsul, y de ahí a emperador de los franceses, con la promesa de un triunfo constante y glorioso, temía que le derrocasen al primer signo de estar siquiera considerando doblegarse ante las demandas del oponente.



Napoleón cabalgó⁷ rumbo a París tan pronto como se dio cuenta de su error, sustituyendo sus agotados caballos por otros que le iban prestando en el camino. Pero cuando por fin llegó⁸ a un establo al sur de la ciudad, alrededor de la medianoche del 30 de marzo, ya era demasiado tarde; una columna de la caballería francesa había llegado con noticias de la capitulación, firmada horas antes por representantes de su general de confianza y confidente, el mariscal Marmont.

Al darse cuenta de que podían evitar una masacre más amplia rindiéndose, los parisinos se lanzaron a la calle para dar la bienvenida a los soldados ocupantes, al grito de «¡Abajo el Emperador!». Las águilas imperiales y las «N» dieron paso a las flores de lis, los estilizados lirios de la monarquía. La gente agitaba pañuelos blancos, el color tradicional de la dinastía borbónica que había gobernado Francia. Derribaron la estatua de un Napoleón laureado⁹ que protagonizaba la Colonne de la Grande Armée en la Place Vendôme, construida a partir de cañones fundidos incautados en la batalla de Austerlitz, el regalo del emperador a la ciudad que había prometido convertir en la más bella que jamás había existido.

Tras una breve rabieta al otro lado del camino, Napoleón se retiró al castillo de Fontainebleau, casi sesenta y cuatro kilómetros al sureste, enviando a su ayudante de campo Armand de Caulaincourt a París para negociar en su nombre.

En Fontainebleau, rodeado de sus mariscales¹⁰, con soldados acampados en el césped y hombres heridos recuperándose en las dependencias, habló de lanzar un contraataque a la capital ocupada. Tenía a su disposición unos cuarenta y cinco mil soldados. Pero mientras sus arengas atraían los aplausos de los miembros de su Guardia, más allá de los confines del castillo aquellas mismas palabras eran vistas como una auténtica locura. Todas las aldeas y ciudades¹¹ de Europa estaban marca-

das por dos décadas de guerra casi perpetua, figurando entre los principales conflictos desde 1803, y un cálculo de víctimas oscilando entre uno y seis millones de muertos. La mayoría de estas muertes¹² no se produjeron en el clamor de la batalla, sino por heridas infectadas, o por disentería, o por heladas, o por haber llevado a los soldados al extremo de sus fuerzas. Era común¹³ ver cómo expulsaban a los enfermos mentales de los asilos para hacer espacio y atender a los heridos que iban llegando sin cesar.

«Solo la abdicación puede salvarnos»,¹⁴ dijo el estimado mariscal Ney, no a la cara de Napoleón, pero sí lo bastante fuerte como para que él lo oyera. Y luego bromeó en tono ominoso, diciéndole que no tenía por qué preocuparse, ya que nadie quería «representar la escena de San Petersburgo», una referencia al asesinato del zar Pablo I planeado por dos de sus generales.

El poder de Napoleón se basaba en gran medida en su capacidad para contar una historia convincente, tanto sobre sí mismo como sobre el significado histórico de su gobierno. «¡Qué novela ha sido mi vida»,¹⁵ habría llegado supuestamente a decir, recordando sus logros. La novela napoleónica prometía a todos los que la consumían la certeza de estar participando en una gloriosa aventura. Napoleón y sus partidarios crearon esta seductora mentira a través de imágenes y palabras. Su historia dependía de la vestimenta adecuada (el famoso sombrero, la mano en el abrigo), la heráldica adecuada, la pintura adecuada, la escultura adecuada y la arquitectura adecuada. Dependía de ceremonias grandiosas y procesiones fastuosas. Napoleón se presentaba a sí mismo como un espectáculo a contemplar, la encarnación viviente de alguna noción abstracta de grandeza, pero esta visión debía contemplarse desde la distancia.



Y eso es lo que convirtió el exilio en Elba en algo tan inusual en la vida de un hombre ya de por sí inusual. En aquella isla, Napoleón fue visto de cerca por más gente que en ningún otro momento de su carrera. Despojado de riquezas, abandonado por la mayor parte de su familia y por todos los miembros de su camarilla, se vio forzado a interactuar diariamente con hombres y mujeres de diferentes estamentos sociales. Lo mismo lo encontraban una tarde compartiendo unos huevos duros y pan crujiente con los trabajadores que se afanaban en poner a punto su villa en la cima de la colina —a fin de recibir la tardía visita de su esposa e hijo—, que lo veían sirviendo como una especie de atracción turística para un humilde maestro del cobre de Gales, que había aparecido un buen día sin anunciarse pidiendo ver al emperador de Elba, concediéndole este una entrevista de varias horas con el hombre que tan sólo unos pocos meses antes había ejercido más poder que cualquier otra persona del planeta.

Lo que sigue a continuación es la historia de la desaparición de Napoleón del escenario principal del poder mundial en la primavera de 1814, y su reaparición en el siguiente triunfo, cuando él y unos pocos cientos de seguidores desembarcaron en una playa del sur de Francia para comenzar una desastrosa marcha hacia París. Pero en lugar de centrarse en cómo Napoleón se hizo invisible durante los diez meses que separan esos dos instantes, esta historia describe la forma diferente en la que la gente empezó a verle durante ese mismo período de tiempo, precisamente al haber sido exiliado a vivir en un lugar aparentemente remoto, obligado a exhibir su intimidad.

PRIMAVERA

LA MAÑANA DEL TERRÓN VENENOSO

A TRAVÉS DE LA DELGADA PARED¹⁶ DEL ARMARIO QUE ÚLTIMAMENTE le servía de dormitorio, el valet Pelard oyó verter líquido en un vaso, y luego un trago seguido de un largo silencio. Supo que el emperador se había envenenado a sí mismo. Otro ayudante había escondido sus pistolas, pero no bastó con eso. Solo su creador, el médico Yvan, sabía del brebaje venenoso a base de opio, belladona y heléboro blanco escondido en la bolsa de seda que Napoleón llevaba al cuello desde la campaña de Moscú.

Ahora los chambelanes llamaban a gritos a Yvan. Eran las tres de la madrugada del 13 de abril de 1814, en la alcoba real del extenso complejo del castillo de Fontainebleau, a dos días de duro viaje al sur de París¹⁷. Napoleón tenía cuarenta y cuatro años, una esposa, una exesposa, una amante, dos hijastros y dos hijos pequeños, uno legítimo y otro no.¹⁸

Yvan ordenó preparar bebidas calientes¹⁹, le administró compresas frías e hizo que el paciente se tragara las cenizas de la chimenea para inducirle el vómito. Al amanecer, el médico confirmaba su sospecha de que los años y una dilución en agua ha-

bían drenado el terrón venenoso de cualquier potencia real. Sin embargo, la tarea le sacó de quicio, y tan pronto como acabó, se desplomó en una silla y tuvo un ataque de risa delirante, tras lo cual salió corriendo, agarró el primer caballo que encontró y se marchó, dejando tras de sí su sombrero tirado en el lodo.

Napoleón se quedó dormido unas horas más. Después se levantó y firmó el documento final de su abdicación:

Habiendo declarado las Potencias aliadas²⁰ que el emperador Napoleón es el único obstáculo para la restauración de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel a su juramento de coronación, declara que renuncia para sí mismo y para sus sucesores a los tronos de Francia e Italia, y que no hay ningún sacrificio personal, ni siquiera el de su vida, que no esté dispuesto a hacer en interés de Francia.

En París, mientras tanto, la gente leía copias de una declaración firmada en nombre del zar ruso Alejandro aunque en realidad había sido escrita por Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, exministro de asuntos exteriores de Napoleón y ahora principal diplomático que guiaba la rendición francesa. La declaración subrayaba que, si bien los soberanos aliados ya no reconocían el gobierno de Napoleón, se comprometían a «respetar la integridad²¹ de la antigua Francia tal y como había existido bajo sus legítimos reyes» y que el pueblo debía considerarse bajo la protección personal de Alejandro hasta que se pudiera establecer un gobierno provisional francés.

Talleyrand —brillante, elegante y reptil²²— había invitado a Alejandro a quedarse en su casa, ubicada en la esquina de la rue de Saint-Florentin y la bulliciosa rue de Rivoli, uno de los pocos grandes logros de Napoleón en el campo de la planificación urbana, concebido como un camino triunfal moderno y



bautizado con el nombre de la famosa victoria en su primera campaña italiana. Talleyrand y Alejandro habían estado pactando por su cuenta desde 1807, después de que Talleyrand renunciara como ministro de asuntos exteriores de Napoleón, para protestar por su política, aunque permaneciendo dentro del redil imperial como vice gran elector, provocando la broma de que este era el único «vicio»²³ que aún no poseía. A pesar de que Napoleón despreciaba al Talleyrand de más alto rango calificándolo de «mierda en una media de seda»²⁴, valoraba su consejo, pues seguía siendo hábil en materia de inteligencia militar y diplomática, gran parte de la cual había transmitido a los rusos y, más tarde, a los austriacos. Aunque se le compensó por ello²⁵, Talleyrand parece haber sido impulsado en gran medida por la creencia de que estaba salvando al pueblo francés de su antes prometedor pero ahora desastroso gobernante, y por la idea de que una alianza con Alejandro podía asegurar una paz duradera. A él debemos la famosa cita definiendo la traición como «solo una cuestión de fechas»²⁶.

Talleyrand ayudó a convencer²⁷ a Alejandro y a los otros soberanos y ministros aliados de que Francia debía ser gobernada por un miembro de la dinastía borbónica: el conde de Provenza, Luis Estanislao Xavier, hermano menor del guillotinado Luis XVI, quien regresaría del exilio para dirigir una monarquía constitucional como Luis XVIII. Talleyrand predijo que el senado francés, en el que estaban sus compinches, daría legitimidad institucional a una monarquía borbónica y que Luis, «habiendo tenido siempre ideas más liberales y habiendo vivido en Inglaterra, volvería con las opiniones deseadas».

La gente sabía poco²⁸ sobre el exiliado Luis, aparte de su famoso nombre, y nadie menor de veintiún años conocía una Francia que incluyera un solo Borbón. Sin embargo, su apelación era clara. Ofreció un eslabón vivo en una cadena dinástica que

condujo a la grandeza del siglo XVI de Enrique IV y más allá de las mismas raíces de la dinastía capetiana que se había establecido antes del cambio de milenio. Un Borbón en el trono prometía no solo el fin definitivo de la era napoleónica, sino también el retorno al orden —al igual que había hecho Napoleón al llegar al poder como primer cónsul, declarando la Revolución Francesa y, con ella, años de lucha civil para llegar finalmente a su fin.

Los líderes aliados nunca²⁹ habían formulado una idea clara de lo que harían después de la caída de Napoleón, si es que lograban derrotarlo, de la misma manera que nunca habían pedido públicamente la destrucción absoluta de la dinastía Bonaparte mientras luchaban contra Francia. A ojos de muchos de los principales diplomáticos, una restauración borbónica³⁰ parecía la opción menos terrible.

Con el fin de evitar cualquier posibilidad de competición desesperada, los aliados concedieron a Napoleón unas prerrogativas de rendición muy leves³¹. Para empezar, se le permitió conservar la cabeza, que ya era bastante decir, ya que se temía que su ejecución llevara a Francia a una nueva guerra civil. Todavía inspiraba³² una devoción febril en algunos círculos, en especial entre los que mataban y morían por oficio, y con tantas plazas públicas manchadas por obra de la guillotina, ningún gobernante se atrevía a sugerir una decapitación como forma de culminar la victoria. Napoleón también escapó de un castigo más severo porque los soberanos de Europa todavía se consideraban a sí mismos como una banda de iguales, «primos», como a él le gustaba llamarlos, unidos —a pesar de los conflictos internos— por la sangre, la historia y el protocolo. Solo ellos entendían la pesada tarea de gobernar y solo ellos entendían que un emperador derrotado debía ser tratado con la deferencia debida a su título, incluso cuando el gobernante en cuestión se hubiera sacado el título de la manga.



El problema radicaba en qué hacer con él. ¿Dónde ponerlo? Normalmente, el destierro hacía que una persona amenazante se volviera invisible e inofensiva al sacarla del centro del poder, pero Napoleón no era como los demás. Su exilio fue un caso extraño en la historia de los destierros. Él «no había estado simplemente en el centro del mundo»³³, como dijo un biógrafo, «sino que había sido el centro del mundo». Antes de enviar a Caulaincourt a negociar su rendición, Napoleón le había pedido que presionara para que le consiguiera asilo en Gran Bretaña, donde se veía a sí mismo llevando la idílica vida de un hacendado, huésped de un imperio que él decía respetar más que al suyo. Cuando Caulaincourt le propuso³⁴ la idea a Castlereagh, este se sintió profundamente consternado. ¿Cómo tenía la poca vergüenza de exigir algo así?

Mientras tanto, Napoleón escribió a María Luisa. En ella le mandaba escribir «una carta muy convincente»³⁵ a tu padre encomendándoos a nuestro hijo y a ti a su cuidado... Que quede claro... Que ha llegado el momento de que nos ayude». Su padre era el emperador austriaco Francisco I, quien cuatro años antes había convencido a su hija de dieciocho años para que se casara con el recién divorciado Napoleón. A sus cuarenta y dos años, Francisco tan solo tenía dos años más que el novio el día de su boda, aunque con el pelo cano de color ceniza, su estructura frágil y su porte tímido, aparentaba ser mucho más viejo. El matrimonio forjó³⁶ una incómoda alianza entre la dinastía más antigua de Europa y la más reciente. La archiduquesa de los Habsburgo, María Luisa, se convirtió en María Luisa de la casa de Bonaparte, emperatriz de Francia. Pero ahora que Napoleón había caído en desgracia, a Francisco ya no le beneficiaba la alianza con su yerno. «Lo principal es sacar a Napoleón de Francia»³⁷, escribió a su ministro de asuntos exteriores, el conde Klemens von Metternich. «Y, por favor Dios, tan lejos como sea posible.»

Mientras tanto, Alejandro seguía acariciando la idea de un exilio ruso. «Soy más amigo suyo de lo que él cree»³⁸, dijo a Caulaincourt cuando se reunieron en París para negociar las consecuencias de la abdicación de Napoleón. Aun hablando de sí mismo como un «ángel» cruzado que finalmente³⁹ había completado su búsqueda para derrotar al «anticristo» francés, Alejandro seguía admirando la brillantez militar y habilidad política de su enemigo; si Napoleón había actuado a veces sin piedad era solo porque entendía, como Alejandro, el valor de la brutalidad no programada. Napoleón había quedado igualmente impresionado por aquel alto e imponente Romanov. «Si fuera mujer»,⁴⁰ le dijo una vez a su primera esposa Josefina, «creo que la convertiría en mi amante».

Finalmente, el zar reconoció que era poco probable que los otros soberanos vieran con buenos ojos que Napoleón viviera bajo su protección, un escenario que habría emparejado a los dos hombres más peligrosos del mundo en un espacio relativamente pequeño. Sus negociaciones con Caulaincourt para una solución alternativa no fueron tan tensas como cabría imaginar; ambos habían establecido una camaradería durante la época en la que Caulaincourt fue embajador en San Petersburgo. Después de diez⁴¹ días de conversaciones, el zar vislumbró una alternativa un poco menos excéntrica que la de un exilio ruso.

Cómo Alejandro llegó a elegir Elba como el lugar del destierro de Napoleón sigue siendo un misterio. Ciertamente es que Caulaincourt y él⁴² habían considerado la estrategia de un exilio insular, al principio, apuntando a Corfú, Cerdeña e incluso Córcega como posibles opciones. Hubo una cierta simetría al lanzar de nuevo al mar a este isleño advenedizo, una advertencia de este soberano heredero y gobernante de la mayor masa terrestre de Europa a cualquier otro *parvenu* que se atreviera a salirse del lugar. Es posible que Alejandro pensara que Elba era



una elección sabia porque estaba a solo un día de navegación de Piombino, aislando a Napoleón del continente pero manteniéndolo lo bastante cerca como para observarlo. También podría⁴³ haber querido conceder a Napoleón el dominio sobre un pequeño y relativamente bien asegurado pedazo de tierra rodeado de agua debido a una genuina preocupación por su seguridad, reforzando las convicciones religiosas de Alejandro, quien siempre defendió el perdón y la generosidad. O puede que el zar encontrara el territorio más insignificante que se le ocurriera y enviara allí a su enemigo caído para humillarlo. No es que diera a sus confederados muchas opciones en este asunto. Tan solo⁴⁴ anunció la decisión como un hecho consumado, una noche, en París, como poniendo a prueba su recién estrenada condición de poderoso soberano, retando a todo aquel que se atreviera a plantarle cara.

Los otros soberanos y sus ministros estaban conmocionados por la audacia con la que Alejandro había actuado en nombre de todos. El contingente británico se preguntaba si acaso Napoleón no acabaría seduciendo a los elbanos para formar un ejército que pudiera causar estragos en el continente. Castlereagh pensó⁴⁵ que todo aquello no era más que una pantomima de Alejandro, quien solía dejarse llevar por la emoción cuando se trataba de Napoleón, olvidándose de las ramificaciones de su profunda búsqueda personal y casi mística para derrotar al emperador francés. Pero tenía que reconocer⁴⁶ que separar a Napoleón de sus soldados y evitar una guerra civil estaba por encima de todas las demás preocupaciones, al menos de momento. «Toda la nación⁴⁷ queda libre de sus juramentos de lealtad a Bonaparte, pero sin estar atada a nadie», escribió a su primer ministro. «Estamos ante un escenario peligroso.» No veía ninguna ventaja⁴⁸ en desafiar al gobernante de una nación setenta veces más grande que Gran Bretaña, así que apoyó la extraña

fantasía del zar, aunque se negó a firmar ningún tratado que codificara los términos de la rendición.

Los austriacos interpretaron la decisión del zar de mandar a Napoleón a Elba —cerca de los territorios toscanos—, como un insulto directo. «Le están dando⁴⁹ lo que pertenece a mi familia [...] y Napoleón sigue estando demasiado cerca de Francia y Europa», escribía Francisco a Metternich. La nueva configuración obligó a Austria a dedicar recursos adicionales para asegurarse de que Napoleón se mantendría en su sitio, lo que les dejaba con menos hombres para desplegar contra las maniobras de Rusia hacia el oeste. Metternich afirmaba que si hubiera llegado unos días antes a París, habría detenido a Alejandro, «el bebé más grande de la Tierra»⁵⁰, por actuar «como un colegial que ha escapado de su maestro». Predijo que todos estarían de vuelta en el campo de batalla antes de las dos, pero sabía que al debilitado imperio que representaba le faltaba la capacidad de oponerse a Rusia.

Talleyrand, que conocía bien a Napoleón, tenía más motivos que nadie para estar de los nervios con la decisión de Alejandro. En privado⁵¹, había manifestado su temor a la hora de mandar a Napoleón a un lugar tan geográficamente cercano a su cuñado, Joaquín Murat, quien todavía seguía siendo una fuerza clave al sur de Italia, aferrado como estaba a su gobierno en Nápoles. (Después de meses de negociaciones clandestinas, Murat había firmado una alianza con Austria en enero de ese año, reforzando así su dominio en Nápoles y convirtiéndose asimismo en enemigo de los franceses.) Pero Talleyrand sentía⁵² que había llegado el momento de que los impetuosos guerreros dieran paso a los ordenados diplomáticos, entre los cuales se creía el más astuto y civilizado de todos, y que las verdaderas corrientes de poder no fluyeran ahora en el campo de batalla o en la tribuna, sino alrededor de mesas y a puerta cerrada. Quería sacar a Napoleón



del mapa, y quería hacerlo rápido. «Veo que Talleyrand ha estado encima de este asunto tanto como ha podido»⁵³, escribió un funcionario británico a Castlereagh durante las negociaciones.

Por extraño que pudiera parecer, el exilio en Elba presentaba algunas ventajas prácticas. Los franceses la consideraban⁵⁴ una subprefectura bajo la jurisdicción del departamento del Mediterráneo, lo que técnicamente venía a significar que formaba parte de la Francia metropolitana, como casi todo el noroeste de Italia. Napoleón había enviado destacamentos allí en 1802 para convertirla en una base desde donde poder bloquear el comercio británico en la región. Y aunque tenía algún valor desde el punto de vista naval, el hecho de dársela a Napoleón no constituía una gran pérdida económica. Al otro lado del Atlántico⁵⁵, las islas eran tan valiosas que medio siglo antes los franceses se habían creído muy sabios por conservar a toda costa Guadalupe, rica en azúcar, en lugar de intercambiarla con los británicos por todo Canadá. Pero Elba, por el contrario, tenía pocos recursos naturales, y mucho menos industria. Y cualquier isla, incluso una tan cercana al continente europeo como aquella, podría servir como una especie de pizarra en blanco, *terra incognita*; un lugar que muy pocas personas involucradas en el asunto conocían íntimamente, y por lo tanto, un espacio vacío sobre el que proyectar todo tipo de escenarios hipotéticos. Tal halo de misterio⁵⁶ era el que hacía de las islas una recompensa ideal para los aspirantes a aventureros. Elba podría transformarse de la noche a la mañana en el feudo de Napoleón sin mucho alboroto. No hay evidencia⁵⁷ de que los aliados llegaran a reflexionar sobre cómo esta reconfiguración del mapa podría afectar a la vida de los cerca de doce mil isleños que habitaban la isla en aquel momento.

Los representantes de las potencias aliadas (excepto los británicos) pusieron sus rúbricas en lo que se conoció como el Tra-

tado de Fontainebleau, aunque fue firmado en casa de Talleyrand, en París. Napoleón conservaría⁵⁸ su título de emperador y poseería Elba como un principado separado y soberano durante el resto de su vida, sin derecho a transmitirlo a ningún heredero. Los rusos habían dado forma⁵⁹ a los términos del tratado casi con una sola mano, aunque los británicos habían dedicado más hombres, tiempo y dinero a la lucha contra Napoleón que nadie, mientras que los austriacos habían sufrido la mayor humillación, y se esperaba que los franceses pagaran la factura de dos millones de francos que habrían de liquidar anualmente a su exemperador a cambio de su rendición, otro término clave del tratado. Al final, los firmantes solo estuvieron de acuerdo en una cosa: que habían elaborado una solución imperfecta. Un general británico que seguía de cerca las negociaciones de paz escribió en su diario: «Napoleón, en este caso, solo tiene que ser paciente en la isla de Elba⁶⁰. Sus enemigos serán sus mejores aliados».

¿Por qué los enemigos de Napoleón no estaban aterrorizados ante la perspectiva de tener al general más temible de la historia reciente a un día de navegación de la costa italiana? La respuesta tiene mucho que ver con el agua. Durante siglos⁶¹, los europeos habían visto el mar como un límite entre el orden y el caos; y las islas como lugares distintos del reino de lo cotidiano, mundos separados entre sí: enclaves para el refugio y los ritos de paso, sitios de descanso para semidioses, ermitaños, mártires, caballeros errantes, piratas, y contrabandistas, y espacios de ensueño para los buscadores de sexo, tesoros y utopías. Por las mismas razones⁶², las islas ofrecían una vía de escape perfecta a la hora de deshacerse de cualquier persona que se considerase peligrosa para la sociedad civil. Napoleón sería uno más en la larga línea de exiliados de la isla⁶³, verdaderos e imaginados, desde el general romano Metellus Numidicus estudiando filosofía



en Rodas, pasando por Juan luchando contra el apocalipsis en Patmos, hasta el misterioso enmascarado de Île Sainte Marguerite, cuya vida había llevado a la ficción Alejandro Dumas.

La franja de diez kilómetros que separa Elba de la costa toscana bien podría haber sido también un océano en los mapas mentales de la gente. Los elbanos se referían a la masa de tierra a través del agua como *il continente*, el continente, más que como *terraferma* en el continente. Los líderes aliados, entonces, seguían una lógica aparentemente sólida: que en esta pequeña isla Napoleón se sentiría más distante de los centros de poder de Europa que si le hubieran enviado al quinto pino en Siberia.